

jefe del Estado Mayor Jorge Green, el mayor del "Mixto" José Palacios, que sucedió en el mando á Granados, y el capitán graduado Lucas Mora, se distinguieron notablemente en el vigoroso ataque ordenado por Rosales. El enemigo, sin abandonar su actitud imponente principió á perder terreno; sosteniendo una tenaz retirada por más de media legua y durante tres horas, hasta que las cargas dadas por el escuadrón de Tolentino acabaron de decidir el éxito de la batalla. Los destrozados restos de la expedición clavarón sus armas en las márgenes del río Humaya, claro testigo de la heroica jornada, y la patria tuvo una fecha más que inscribir en el índice inmortal de sus aniversarios.

Se hace mención del denuedo con que combatieron, durante toda la batalla, además de los jefes y oficiales referidos, del teniente coronel Cleofas Salmón, el mayor Pedro Betancourt, el capitán Martín Ibarra, el subteniente Jesús Velis, el sargento segundo Pedro Pérez y el corneta Francisco Ramírez, apenas de once años de edad.

Los franceses tuvieron veintiseis muertos y veinticinco heridos, y un guarismo considerable de auxiliares; contándose entre los muertos el jefe de los tiradores argelinos y tres oficiales. Cayeron prisioneros noventa y ocho franceses, incluso el capitán del "Lucifer," Gazielle, comandante de la expedición, siete oficiales más y casi doble cifra de mexicanos, que como tropa forzada, fueron perdonados é incorporados en la brigada. Los expedicionarios perdieron, además, dos piezas rayadas, una bandera, multitud de medallas y condecoraciones, todo su parque y demás útiles de guerra.

Nuestra pérdida consistió en treinta y tantos muertos y gran número de heridos, sin que la deserción ocasionase una sola baja en las filas republicanas.

En merecida recompensa á la victoria alcanzada por nuestros valientes, el Supremo Gobierno les manifestó desde Chihuahua su satisfacción, confiriendo el grado de general de brigada al ciudadano Antonio Rosales, el mismo grado al ciudadano Joaquín Sanchez Román, el empleo de teniente coronel á los comandantes Miranda y Granados, el de comandante al graduado Lucas Mora y los ascensos correspondientes á todos los individuos recomendados en el parte pormenorizado del combate. Al valiente capitán Fernando Ramírez, que inmoló su existencia en aras de la patria, se le consideró con el ascenso á comandante de batallón, acordándose que fuese atendida su familia con la debida preferencia. Su cadáver fué conducido en una camilla á Culiacán, en medio del cortejo triunfal del ejército victorioso.

El Sr. Buelna, en sus *Apuntes*, refiere algunos episodios ocurridos después de la batalla, dignos de mencionarse.

Un oficial de tiradores franceses llorando de cólera se resistía á entregar su espada á un sargento mexicano. Rosales, que lo vé, grítale con voz tronante: "Sois mi prisionero de la cabeza á los piés, sin condición alguna; entregad vuestra espada." Y el prisionero la entregó. Gazielle, entonces, se apresuró á poner la suya en manos de Rosales, que le dijo benévolo: "Guardadla, comandante, sois muy digno de llevarla." Un subteniente argelino quiso besar la mano al héroe, pero éste la retiró dicién-

dole: "En mi país no se acostumbra besar la mano á los hombres." Sabiéndose que el balazo recibido por Granados le había sido disparado deslealmente por un oficial francés rendido, Rosales hizo pasar las filas de los prisioneros para que lo reconociese, delante de la camilla del herido. Pero el magnánimo Granados dijo: "No está." Y sin embargo, allí estaba. Rasgos son éstos exclama el Sr. Buelna, que dan á conocer el temple del alma de los vencedores de S. Pedro.

De los fugitivos sólo lograron escapar Cortés, Carmona y el capitán del puerto de Altata Alejandro Santa Cruz, que sirvió de guía á los imperialistas.

El 23 se verificó la entrada solemne del ejército mexicano en Culiacán, (1) cuyos habitantes no acababan de pasmarse ante un triunfo que juzgaban inverosímil y desde entonces no se atrevieron los franceses á penetrar en el Estado, manteniéndose acorralados en la plaza de Mazatlán, por las tropas del general Corona, hasta el término de la guerra.

(1) La entrada de las huestes victoriosa á Culiacán fué efectivamente en la tarde del 23 de diciembre. Rosales entró por la calle de la *Libertad* en medio de la silenciosa admiración de los vecinos que coronaban las azoteas de las casas, dobló por la calle del *Progreso* y fué á acuartelarse al Seminario, edificio que estaba entonces ocupado por las autoridades republicanas. Nos han referido que las calles se habían adornado para recibir á las huestes franco-traidoras, por algunos partidarios del imperio. En las proclamas impresas que se le recogieron á Gazielle, decía éste á los habitantes de Culiacán que sus deseos estaban cumplidos y que las tropas francesas habían sido recibidas allí con gran regocijo. Fueron, sí, recibidas—exclama un escritor—con gran benignidad y con miseria, aunque prisioneras, y se les trató como en realidad acreditaron después no merecerlo.

La clemencia del vencedor dispuso que las mejores camas de los improvisados hospitales fuesen para los heridos extranjeros, y en seguida, otorgando la libertad á cuantos de ellos no quisiesen continuar bajo la bandera de la República, les proporcionó recursos para el viaje; generosidad sublime si se atiende á que los defensores de la patria carecían de armas, municiones, equipo y hasta de alimentos.

Don Ignacio Ramírez, que en sus *Cartas á Fidel* había pronosticado, meses antes, que Rosales sería un héroe, porque tenía las condiciones de tal, describe así la batalla desde Guaymas, en Febrero de 1865, en una de dichas cartas:

"Rosales reúne en silencio á sus soldados y marcha á situarse á pocas leguas, en el pueblecillo de San Pedro, que tenía muy bien estudiado: una plaza extensa, cercada por modestas casas, un grupo irregular de jacales hacia la salida de la aldea; algunos bosquecillos de árboles, entre los que se distinguen la parota y el caprichoso *bani*o; el río Humaya á la izquierda de nuestro campo, y al frente al enemigo; así han pasado la noche los patriotas mexicanos.

"Rosales posee la elocuencia militar; breves palabras, pero inflamadas, y órdenes dictadas por el acierto. Embosca dos de las pequeñas piezas que llevaba apoyándolas con unos piquetes; deja cien hombres de reserva en el centro del poblado y se adelanta por el camino, llevando doscientos hombres para provocar el combate.

"Los franceses no dormían; resisten, se organizan, se

precipitan arrollando á Rosales, cantan victoria; entonces la muerte los asalta por los flancos; Rosales recoge su reserva; los invasores se contienen, vacilan, se ven diezmados y retroceden. Aprovecha Rosales los momentos y se lanza sobre los fugitivos; éstos organizan su retirada y se rinden sobre las cenizas de su último cartucho. Rosales había presentado que era un héroe y la gloria se lo ha confirmado."

Después de la elocuente palabra del tribuno del pueblo, oigamos el reposado razonar del admirable estadista don José M. Iglesias, quien describe, en una de sus famosas *Revistas Históricas*, con la pluma de Tácito, el legendario acontecimiento, y añade:

"Este triunfo es, en sus resultados materiales, el más importante que hasta ahora han alcanzado las armas republicanas. Por primera vez han quedado en nuestro poder la artillería y tren de guerra del enemigo, en unión de sus jefes y oficiales, con excepción únicamente de los que sucumbieron en el combate. El arrojo de nuestras tropas, probado ya en tantos campos de batalla, ha dado en esta vez el feliz resultado que les había estado negando la adversa fortuna. La Nación contará, entre sus días más felices al lado del glorioso 5 de Mayo de 1862, el 22 de Diciembre de 1864, en el que ha vuelto á probarse al mundo entero, que nuestros soldados son capaces de batirse con los franceses y derrotarlos."

En varias partes de su obra alude el Sr. Iglesias con encomio á la acción de San Pedro y al general Rosales, y ya casi al terminarla, asienta que las hazañas de las bri-

gadas unidas de Sinaloa y Jalisco, después Ejército de Occidente, al mando del general Corona, figuran entre los actos más memorables de la lucha con los intervencionistas. Allí están, para patentizarlo, las gloriosas jornadas de Siqueros, Veranos, Palos Prietos, Villa-Unión, Copala, Marisma del Pescador, Concordia, Agua Zarca, Valamo, Rancho del Colorado y aun la del Espinazo del Diablo, donde tan caro costó su relativo triunfo á los franceses. El ejército invasor no tuvo una sola victoria en forma durante el periodo de la guerra en el territorio de Sinaloa, ni logró nunca romper el círculo de hierro con que el patriotismo mexicano le mantuvo encerrado siempre en el estrecho recinto de la ciudad de Mazatlán, defendido por la escuadra del Pacífico. Si vale la frase, puede decirse que Mazatlán fué el San Juan de Acre del ejército francés en México. Salió de allí el 13 de Noviembre de 1866, dos años exactos después de su entrada, en medio de la misma indiferencia pavorosa y hostil con que había sido recibido. El 22 de Diciembre de 1866, dos años exactos también después de la batalla de San Pedro, tomó posesión del Gobierno del Estado, por elección de la Legislatura, el señor general don Domingo Rubí, quedando así restablecido el orden constitucional.

La batalla de San Pedro, constituye la más brillante página de la historia de Sinaloa. Rosales venció á las huestes invasoras con soldados bizonos, reclutados en parte la víspera, con menor fuerza numérica, con inferioridad en todos sentidos de elementos de guerra, salvo el tener cuatro piezas más de artillería. Rosales no

abrigaba esperanza en el triunfo y estaba resuelto á morir por su patria en la liza del honor. La fortuna fué propicia á su genio, á su valor, á las armas nacionales; la victoria orló su frente con inmarchitable lauro, y sobre el mismo ensangrentado campo de batalla, ungido para los siglos con su aliento heroico, desplegó luego la magnanimidad de su corazón y la energía de su carácter. Fué misericordioso con los vencidos, perdonando la vida á todos sus prisioneros,—soldados de un ejército para quien el incendio, la violación y el asesinato eran familiares,—como décadas antes lo había hecho también, en análogas, aunque más afflictivas circunstancias, el egregio paladín insurgente don Nicolás Bravo. ¡Gloria eterna al vencedor de San Pedro!

En la fecha en que Rosales entraba victorioso en Cuiliacán, con tantos prisioneros como soldados, el coronel Angel Martínez derrotaba en el punto de las Higueras, cercano á Mazatlán, una columna de 600 hombres de caballería, entre argelinos y traidores, haciéndoles siete muertos y varios heridos, y quitándoles algunos caballos: su pérdida consistió en cuatro muertos y cinco heridos.

Desde antes de tener noticia del desastroso éxito de la expedición mandada al norte del Estado, había seguido infatigable Munier, dictando órdenes, disposiciones y avisos en gran profusión; pasmosa actividad que algo contribuyó á mitigar la llegada de los refuerzos venidos de Durango.

Sabedor Coronado de la marcha de este auxilio, trató de estorbarle el paso en las fragosidades de la Sierra Madre.

El veinte de diciembre llegó al punto llamado *Espinazo del Diablo*, donde tomó posiciones, como lugar convergente de los tres caminos porque podía optar el enemigo. Corona tenía 600 hombres pero de ellos solo estaban armados 350, y tuvo además que mandar al socorro de Martínez, jefe de las caballerías y encargado de la línea sobre el puerto de Mazatlán, del cual el invasor hacía frecuentes salidas para romper el sitio; un batallón de infantería al mando del coronel Juan B. Camberos, quedándose únicamente en su bastión de peñascos con 200 hombres armados y 50 sin armas, escasez de tropa que le impidió cubrir á la vez la eminencia que había elegido para centro del combate y los tres citados caminos. El enemigo llegó al escarpado paraje donde se le esperaba, el 31 de diciembre, fuerte de 800 hombres, todos franceses, y dos piezas de artillería emprendiendo al día siguiente el ataque decisivo, por los flancos de la posición mexicana. Cuatro horas sostuvo el grupo de patriotas el formidable empuje de las columnas francesas, que subían las escabrosas rampas bajo un vivo fuego de fusilería y la acción damoledora de las enormes piedras que se les desbordaban por los desfiladeros en que intentaban penetrar. La falta de una fuerza suficiente de reserva, así como el poco parque de que podía disponerse, hizo que al fin el enemigo se posesionase de los lugares dominantes, lo que ocasionó el abandono de las fortificaciones y la dispersión de alguna gente armada. Las pérdidas fueron de mucha consideración, aunque no se pueden precisar, para el enemigo que prosiguió su camino á Mazatlán y envió á Du-

rango muchos carros cargados de herilos. "Si el invasor ha quedado dueño de nuestro campo—dice el general Corona en su parte;—ha sido después de haber perdido gran número de hombres, y probado lo que se les espera de los hijos de Sinaloa, que tan valientemente le disputaron el paso."—La profecía del caudillo se cumplió al pie de la letra.

Con el glorioso triunfo obtenido por Rosales en San Pedro y con los acontecimientos que se desarrollaron en la parte meridional del Estado, terminó el año de 1864 y se inició el de 1865. Ya veremos en el capítulo que sigue qué influencia tuvieron el triunfo del 22 de diciembre y los sucesos referidos en el éxito de las operaciones militares que después combinaron los jefes republicanos, y veremos también cómo fueron todas ellas el prólogo de otras victorias que debían dar justísima celebridad al patriotismo sinaloense.

CAPITULO XXIV.

1865.

ENERO.

Resultados de la victoria de San Pedro. Mala fe del periódico oficial de los intervencionistas. Reconocimiento del gobierno de Sinaloa por el presidente Juárez. Suerte de los prisioneros franceses. Conducta infame de Garnier. Manda fusilar á un niño de trece años. Relación tomada del *Ensayo Histórico del Ejército de Occidente* sobre los acontecimientos que siguieron á la acción del Espinazo del Diablo. Combinaciones militares del coronel Martínez y órdenes del general Corona. Disgusto entre Camberos y Garay. Marcha el coronel Gutiérrez á encargar de la prefectura del Rosario. Preliminares de la acción de Veranas. Topografía de la población. Los republicanos atacan á los franceses, los derrotan é incendian su último refugio. Muerte de Correa. Movimientos de los republicanos. Son fusilados todos los prisioneros franceses. Se escapa el arriero Plácido Vargas. Fin del capítulo XXIV.

LOS importantes resultados de la victoria de San Pedro, calificada de admirable por Justo Sierra en su obra histórica publicada hace breves días, pueden apreciarse por